

“Concibo la biblioteca privada como útil de trabajo y como fuente de solaz intelectual”

“Todo individuo tiene un recinto interior en el que a nadie es dable entrar y del que difícilmente revela algo; en esa categoría están los libros guías”, Dr. Alonso Pujol en entrevista al DIARIO

EXISTEN muchos signos para conocer el pensamiento de los estadistas. El más visible de ellos es su acción pública. Pero, si se sabe qué libros lee y cuáles son sus lecturas preferidas, se tiene una noción más acabada de su formación intelectual y de su textura moral, porque el hombre público, actúa de acuerdo con las circunstancias, y muy pocas veces conforme a sus deseos, a sus proyecciones, o a su modo de valorar los acontecimientos.

No son pocas las ocasiones en que el hombre público es obligado a conducirse en aparente contradicción con los principios que postula, aunque si se analiza su conducta transitoria a través de su formación cultural, se comprueba que hay una perfecta armonía entre aquellos principios y su actuación, y que lo que cambia no es él, sino el escenario en que lo sitúan las circunstancias.

Nos parece que el doctor Guillermo Alonso Pujol, pertenece a esa categoría de grandes estadistas que, alzándose sobre los hechos consumados, los supera, precisamente debido a su vasta cultura política y al profundo conocimiento del alma humana. Por eso resulta de tan extraordinario valor para la nación cubana divulgar sus conceptos acerca del libro como vehículo cultural; y de ahí también, lo justificado de esta entrevista.

Al doctor Guillermo Alonso Pujol se le sabe culto. Esto no es un secreto, pero, ¿en qué medida, si es que la cultura puede ser mensurable? ¿Cuál es su actitud ante la vida? ¿Hay alguna pauta en su conducta, o ésta obedece a una serie de normas que brotan de sus lecturas y se conjugan con sus experiencias personales?

Fuimos a la residencia del eminente hombre público a buscar respuestas a muchas preguntas que el pueblo cubano —que lo admira— se hace un tanto inquieto del destino nacional. Lo hallamos propicio a la plática y reservado en lo concerniente a la actualidad política. Cuando le anunciamos que nuestro propósito era hablar sobre libros, su mente se abrió al cordial intercambio de ideas.

—¿Cuáles son sus lecturas preferidas?, preguntamos al doctor Alonso Pujol.

—No quiero hablarle de lo que he leído, sino de lo que estoy leyendo. Y acto seguido se encamina a sus habitaciones, regresando con cinco volúmenes: trae consigo “Dictadores y Discípulos de César a Stalin”, por Gustav Bychowski; “Yalta”, con notas y comentarios de Mauricio Karl; “El Destino Humano”, por Leconte Du Noüy; “Misión en España”, por Claude B. Bowers; y “Napoleón Antimilitarista”, por Gustavo Canton.

El enunciado de estos títulos revela que el doctor Alonso Pujol, aunque alejado de la militancia política, sigue interesado en la cosa pública. No actúa, pero se prepara para cuando llegue el momento de decir su palabra orientadora. Está ausente del drama nacional, pero no descansa, tal vez pensando en la fórmula que ponga fin a las preocupaciones cubanas.

El doctor Alonso Pujol abre el volumen “Dictadores y Discípulos de César a Stalin”, y comenta; “Bychowski es un médico que ha realizado estudios psicoanalíticos de los dictadores, tomando como modelos a los representativos de ciertas épocas; era amigo de Freud, y juntos discutieron en varias oportunidades cómo curar a la humanidad, tratando de descubrir si los dictadores eran producto de una sociedad enferma o un fenómeno individual”.

Intentamos una pregunta, pero él prosigue: “Napoleón Antimilitarista” es uno de los libros más extraordinarios publicados últimamente. Escuche lo que decía el Gran Corso: “Yo no gobierno como general, sino porque la nación cree que tengo cualidades civiles propias de un gobernante. Si la nación no tuviera este criterio mi gobierno no se sostendría”.

El doctor Alonso Pujol levanta la vista del libro para conocer nuestra reacción y luego continúa: “Jamás un gobierno militar arraigará en Francia, a menos que la nación se halle embrutecida por cincuenta años de ignorancia”.

0000164



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

12

2

Nuestro interlocutor espera la pregunta que no nos atrevemos a formular en consideración a sus deseos reiterados de no hablar de política, y dejamos que discurra sobre el resto de los libros que trajo.

—“Yalta” es una traducción de los papeles de aquella famosa entrevista de los cuatro grandes, dice el doctor Pujol sin agregar un

comentario. Pasa por alto “Misión en España” y detiene su atención en “Destino Humano”. He aquí un libro sugestivo, dice, que arriba a una conclusión negativa en lo que al azar como factor determinante de la vida se refiere. Hay un trasunto del fatalismo griego. La vida marcha

a un destino prefijado, el azar no es un determinante de la existencia.

Hace una breve pausa, y termina un tanto sonriente: “Como vé mis lecturas son tan variadas que casi resultan anárquicas; voy del psicoanálisis a la política y de la historia a la filosofía.

1.—¿Qué función debe desempeñar la biblioteca privada?

La biblioteca privada la concibo orientada en dos direcciones: como útil de trabajo en la especialidad profesional de su propietario; y como fuente de solaz intelectual capaz de satisfacer las apetencias espirituales fuera de todo propósito utilitario.

En la biblioteca privada debe haber lo que a través del dueño sirve al cliente y debe haber también lo que con ausencia de toda clientela sólo sirva al placer de su dueño.

2.—¿Cuál es su opinión del libro como instrumento de trabajo del hombre público?

El hombre público en plena actividad es difícil que pueda ser un buen lector. En nuestras latitudes donde el político resulta esclavo de los contactos personales, es difícil disponer del tiempo y el reposo necesarios para leer,

pongamos un ejemplo, “La Decadencia de Occidente”.

El libro es de extraordinaria utilidad como consulta, sobre puntos y cuestiones específicas, para el hombre público; pero es casi indispensable que el libro sea conocido de antemano para que el hombre público pueda ir a él en

busca de la referencia precisa pero sin sacrificio del tiempo que le resulta indispensable para la función que desempeña.

3.—¿Qué libros no debe dejar de leer un estadista?

Dejar de leer jamás puede justificarse. Estadista o no debe leerse todo lo que se pueda leer. El gran secreto de la lectura está en releer. Donde ha de ponerse de manifiesto el talento de selección, es, cuando decidimos volver a una lectura que ya hemos hecho. Leemos cosas que lo mejor es olvidarlas y a veces sentimos la necesidad de repetir una y más veces la lectura de páginas que deseamos tener permanentemente presentes en nuestra memoria. Un estadista debe saber fundamentalmente no lo que debe dejar de leer, sino aquello cuya lectura le conviene repetir.

4.—¿Qué libros o grupo de ellos ha ganado su estimación hasta convertirse en guía de su conducta pública y privada y por qué?

Todo individuo por extravertido que sea tiene un pequeño recinto interior en el que a nadie es dable entrar y del que difícilmente revela algo. En ese recinto están esos libros guías cuando efectivamente se tienen y que constituyen el pequeño arsenal de grandes secretos que tiene todo hombre público.

Por otra parte hay en mi vida intelectual dos grandes direcciones generales: mi formación jurídica académica y mi vocación por la historia. Me resultaría prácticamente imposible señalar en ambas líneas de esta división bipartita, los libros claves y más difícil aún por qué los he llegado a considerar como tales.

5.—Existe un número de libros fundamentales que sintetizan el saber humano con un sentido práctico de la vida y que sirven de orientación: según su criterio ¿cuáles deberían ser esos libros para hacer una perfecta selección?

Hace muchos años una revista que hizo honor a Cuba por su continente y por su contenido preguntó a Enrique José Varona cuáles serían a su juicio los 25 libros que debía leer la juventud cubana. El marmóreo prosista de

1000165

12

3

1000166

"Violetas y Ortigas" dio una lista de la que recuerdo, a pesar del tiempo transcurrido dos títulos: "Ariel" de José Enrique Rodó e "Historia de la Civilización Ibérica" de Oliveira Martins.

Qué dos libros más opuestos y al mismo tiempo más admirables. La prosa enojada del maestro uruguayo diciendo las palabras de despedida a una juventud en quien depositaba él la esperanza del continente y la prosa sobria y maciza del profesor portugués ahondando como nadie en el origen de nuestra civilización.

No he olvidado nunca aquella magnífica selección de Varona. Me parece que resultaría difícil superarla hoy. Si las circunstancias me forzaran me limitaría a repetirla como el conveniente homenaje a su memoria.

6.—¿Qué tendencias ha observado en las lecturas del cubano de diferentes estratos sociales?

Una afirmación previa: el cubano lee menos cada día. Esta afirmación está determinado por causas muy diversas. En lo académico, se ha llegado a lo inconcebible: abandonar no sólo los libros de consulta sino los de texto...". El profesional producto del estudiante a quien hemos hecho referencia apenas si compra y lee incalificable que se llama copias de clase o conferencias. El hombre medio persigue solamente el libro de mera distracción y en todo caso el manual que le resuelve el problema inmediato de hacer algo o alguna cosa: los libros conocidos en inglés, "How to...". El apenas si compra y lee lo indispensable no ya para su profesión sino para su especialidad. El resultado de todo esto no puede ser más desalentador. El gran lector, el hombre de cultura ecuménica que tan brillantemente estuvo representando en Cuba los últimos años del siglo pasado y la primera época de la República, casi ha desaparecido. No quiero citar nombres por vía de ejemplo para ni herir susceptibilidades ni caer en olvidos lamentables.

En línea general la lectura del cubano se orienta desde fuera.

Después de la primera Guerra Mundial tres corrientes fundamentales orientaron las grandes editoriales extranjeras: la biografía novelada de Ludwíg a Mourois o de Zweig a Strachy; la tesis económica social que inundó las librerías del mundo como producto de la revolución rusa; y finalmente, los estudios sexuales que capitaneados por Freud pusieron por miles los estudios de la libido en los anaqueles de todas las librerías.

Lógicamente el cubano tuvo que leer lo que le ofrecieron.

7.—¿Participa usted de la opinión general respecto a la crisis del libro?

Efectivamente, el libro está en crisis como una consecuencia del ritmo acelerado de la vida moderna. Leer es cuestión de tiempo y de reposo. Leer de verdad un libro de 400 páginas constituye en los días que vivimos un privilegio concedido a muy pocas personas.

Por otra parte, es incuestionable que en nuestro mercado el libro resulta un verdadero artículo de lujo. Los precios hacen que el libro no pueda llegar más que a muy pocas manos. Es indispensable ser un buen lector y además tener dinero suficiente para poder leer. Consecuentemente no puede negarse la crisis actual del libro.

8.—¿Cree usted que la imprenta nacional resolvería la crisis del libro o deberían adoptarse otros procedimientos?

La Imprenta Nacional como ente industrial resultaría, sin duda alguna, de positivo beneficio económico para el gobierno. Pero Imprenta Nacional no es lo mismo que Editorial Nacional. La cuestión no es sólo tener imprenta, sino lo que se va a imprimir. La imprenta, desde luego, sería el primer paso; con el instrumento industrial en la mano, una labor editorial bien dirigida con recto sentido cultural sin favoritismos deshonestos pudiera abrir paso a futuras posibilidades del libro cubano.

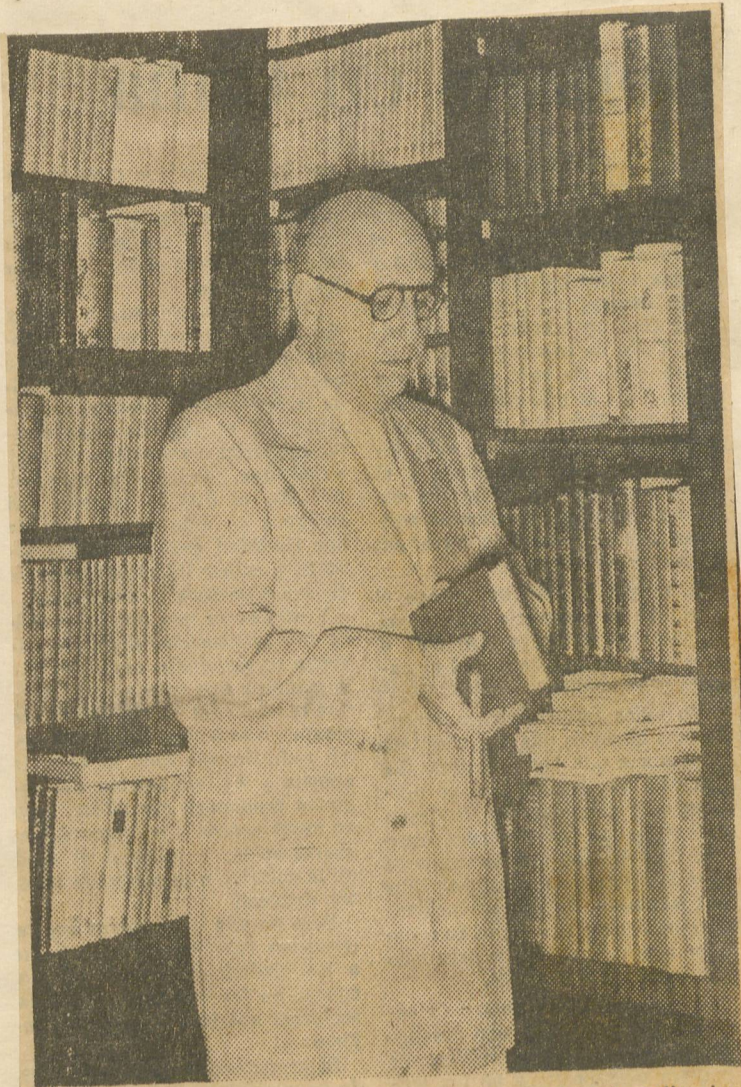
L. G. D.

Lm, al 15/06


PATRIMONIO
DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

121

3688167



"Napoleón Antimilitarista" es uno de los libros más extraordinarios publicados últimamente, dice el doctor Alonso Pujol, que se paseaba inquieto por la biblioteca, en uno de cuyos ángulos fue captado por el fotógrafo.

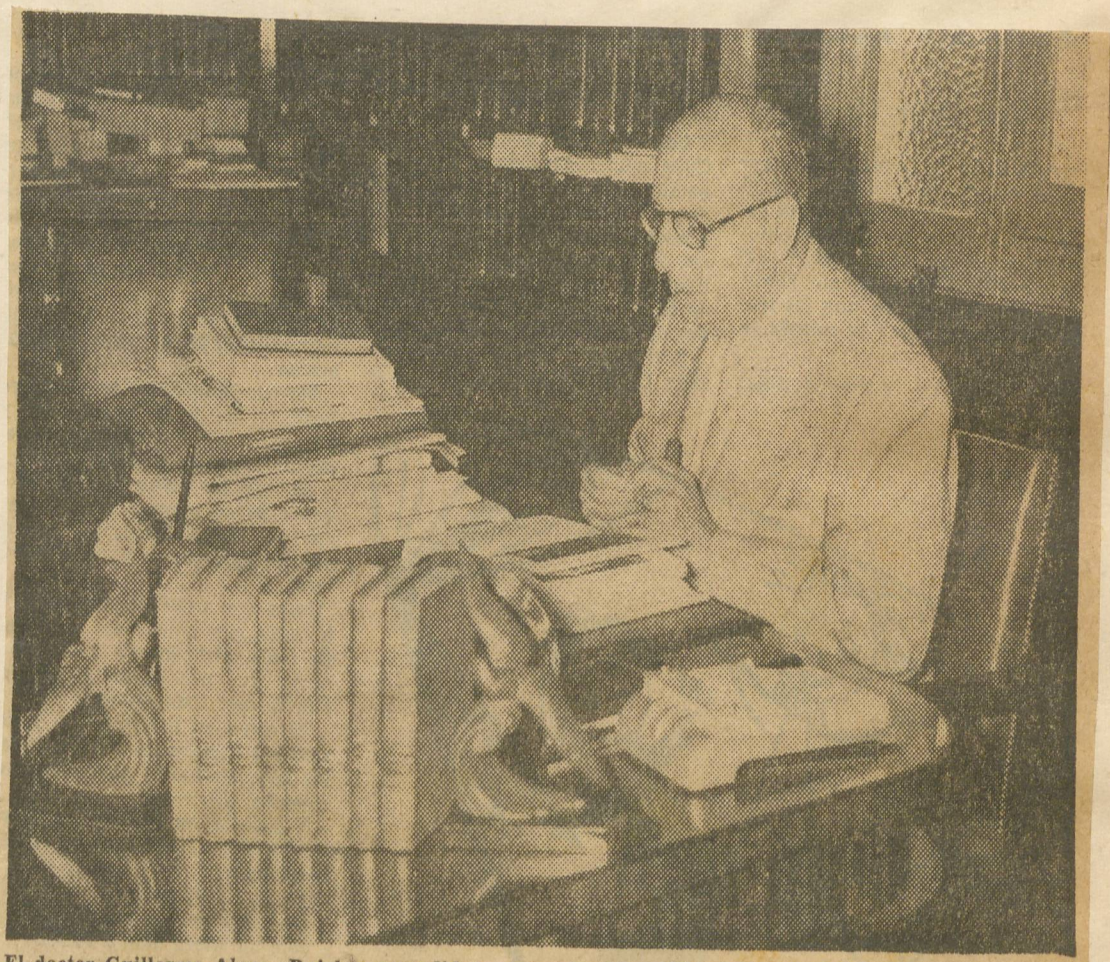


**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

12

3000168



El doctor Guillermo Alonso Pujol, sorprendido en su mesa de trabajo por nuestro fotógrafo, en el instante que nos iba a mostrar la obra de Bychowski "Dictadores y Discípulos de César a Stalin".